

Ella por mí velaba ; ella en sus brazos  
 Mi zozobrada infancia protegía  
 Del sol abrasador, del aura fría,  
 Del hambre, del cansancio, de la sed.  
 Y ayudábame tierna, ora arrojando  
 La bola grave sobre el verde prado,  
 Ó ya tendiendo al colorín pintado  
 Entre las ramas la encubierta red.

GONZALO.

—Ahora reconozco, amado hermano,  
 Al hijo de Gaspar y de María ;  
 Sábelo, pues : la anciana en su agonía  
 Al mar se entrega, y se dirige aquí.  
 Ya la llama el sepulcro. . . . Oh ! no dejemos  
 De recibir su bendición postrera !  
 ¿ Querrás, Alvár, que consolada muera ?  
 Dime, ¿ querrás que le bendiga ?

ÁLVARO.

—Sí !

#### CUADRO DÉCIMO CUARTO

EL ESPECTRO.

Es lóbrega la noche : nubló oscuro  
 De lluvias y relámpagos preñado \*  
 Parece haber el mundo sepultado  
 En abismo de espanto y soledad.

\* Repetición literal, con las variantes que exigía la diferencia del metro, del principio del poemita "Casimiro el Montañés."  
 (El Editor.)

De mi bridón el huello generoso  
 Percibo solamente, y el chillido  
 Por buho misterioso despedido  
 Al lanzarse en la triste oscuridad.

Los árboles, las piedras y las nubes  
 Cual temibles fantasmas se presentan,  
 Y sus formas grotescas me amedrentan,  
 Y temo al sitio no llegar jamás.  
 Ya sujeto al corcel y ya le animo,  
 Y lo tengo otra vez, porque me espanta  
 En tierra al asentar la recia planta,  
 Y vuelvo á ver si alguno viene atrás.

¿ Esto senda será, camino aquello ?  
 Á cada parte el alazán dirijo,  
 Y en ninguna persisto ni me fijo,  
 Y no sé á dónde ni por dónde voy.  
 Incierto vágo por la gran llanura  
 Que del Quindío cierra la montaña  
 Y manso el Cauca con sus aguas baña,  
 Pero no sé ni en qué paraje estoy.

La rápida y escasa luz del rayo  
 Sólo me muestra el agua cristalina  
 Que inunda la llanura y la domina  
 Y borra los caminos por doquier.  
 Y estoy yo solo ! Y nadie se presenta !  
 Vano el clamor, y vano el alarido ;  
 Que al que en tal confusión se halla perdido  
 Sólo el ojo de Dios le puede ver !

Cánsome al fin : del duro peso alivio  
 Á mi alazán, mi amigo y compañero ;  
 Siéntome sobre un tronco, y aquí espero  
 Con ansia el sol que há poco me hostigó ;  
 Y en mis propias memorias embebido,  
 Entre las mil imágenes del sueño  
 De golpe vi la imagen de mi dueño,  
 Y extendí el brazo, y el fantasma huyó.

Llorando desperté ; pero abrumada  
 El alma por contrarios pensamientos,  
 Para velar faltaron los alientos,  
 Y volvíme en el sueño á sepultar.  
 Entonces mil espectros se cruzaron  
 Ante mi vista, y uno de ellos era  
 Mayor que todos, y su faz más fiera,  
 Y ése en mi mal se pareció gozar.

Y se llegó do mi alazán estaba,  
 Y mirólo primero, y con la mano  
 Cerrada dióle un golpe á mi alazano,  
 Y derrumbó del golpe á mi corcel.  
 El infeliz á mí volvió los ojos  
 Cual para suplicar que le ayudara ;  
 Mas yo, como si alguno me amarrara,  
 Sólo con gritos le ayudaba á él.

Y cuando ya angustiado le veía  
 Entre las duras ansias de la muerte,  
 Vi una mujer dolida de mi suerte  
 Llegar, y darle alivio á mi alazán.

Idolatréla, y en su rostro bello  
 El rostro conocí de mi adorada,  
 Y largo rato tívela abrazada,  
 De noble gratitud lleno y de afán.

Entre su dulce seno, confundido  
 Mucho tiempo me estuve sollozando  
 Esas formas amadas contemplando  
 Que fueron ya mi dicha y mi placer.  
 Su mano angelical me agasajaba,  
 Y por dolor mis lágrimas vertidas  
 En los hermosos labios recogidas  
 Fueron de aquella celestial mujer.

No fué, empero, durable mi consuelo ;  
 Que de repente escucho un alarido,  
 Y veo entre mi seno sumergido  
 De mi adorada el rostro angelical :  
 Entreabierta la boca, las miradas  
 Fijas, dados al viento los cabellos,  
 Estúpidos están sus ojos bellos  
 Y ella cubierta de un sudor mortal.

Vuelvo á mirar la causa de mi espanto,  
 La descubro, y aférrome á mi amada,  
 Sin atreverme á echar otra mirada ;  
 Tanto me asusto y sobrecojo yo !  
 Así permanecemos largo espacio,  
 Ella asida de mí, yo asido de ella,  
 Hasta que de valor una centella  
 El cielo en mí, de lástima, infundio !

Entonces pude hablar. Mi pensamiento  
Siempre en mi dulce protectora fijo,  
Más que por mí, por ella, me dirijo  
Al gran fantasma con incierta voz.  
Tiene el pecho de heridas lacerado,  
De todas las heridas sangre vierte ;  
De la triste mujer temo la muerte  
Cuando á ella torna su mirar feroz.

“Espectro horrible ! horrible ! Quién te  
[envía?

Si te ofendí, perdón ! . . . Ah ! no, detente !  
Hierre al culpado, y deja á la inocente ;  
Hiéreme á mí que solo te ofendí.  
Hiéreme á mí, que idolatrarla supe,  
• Á mí, que su virtud he profanado . . .  
Ella, por Dios ! en nada te ha faltado . . .  
Descarga tu venganza sobre mí !”

Él por respuesta ordéname seguirle,  
Y tras sí deja emponzoñada huella  
De sangre, que las plantas me desuella,  
Me despedaza, y llena de dolor.  
Pero el crúel en mi dolor se goza,  
Y me hace otra señal, yo le obedezco,  
Hasta que al fin me rindo y desfallezco  
Abrumado de angustia y de terror.

Ni pude hablarle ; que mi pecho ronco  
Rehusa la expresión al pensamiento,  
Y en vano quise huir de mi tormento  
El ojo temeroso con cerrar.

Delante tengo el colosal fantasma,  
En vano vuelvo la cabeza, en vano,  
Y los ojos me cubro con la mano ;  
No, su imagen no puedo desechar.

Todo es hora silencio : el viento calla,  
Y yo no oigo en el mundo otro ruido  
Que el fuerte palpar no interrumpido  
De mi pobre afligido corazón.  
Ríese el crudo espectro de mi pena,  
Y el eco de su horrible carcajada  
Retumbar hace en torno la llanada  
Cual hórrido estallido de cañón.

Y las dos manos, al reirse, cierra,  
De rabia inmensa todo poseído,  
Y en el lívido labio enfurecido  
El diente agudo clava con furor.  
Hiérole el labio el afilado diente,  
Y de sangre cuajada gruesa gota  
Gélida y negra de la herida brota,  
Y él nõ hace ni un gesto de dolor.

Luégo agarrando á la infeliz señora,  
Arrástrala al lugar en que he caído  
Y mándame sentar, y un alarido  
Despide en su iracundo frenesí.  
Y mírame el espectro de hito en hito,  
Y arranca sus cabellos desgrefñados,  
Y con los duros brazos descarnados  
Empuja la mujer cerca de mí.

Y luego en calma así prorumpe :

—Vamos !

Siéntate . . . allí . . . y abrázale . . . te quiere . . .  
Vé, pobrecita ! . . . Sí, por tí se muere . . .  
Quiérela bien, y bésale, mujer. [amado . . .  
¡Cuán dulce es el amor ! También yo he  
No ? no habré amado yo ? qué te parece ?  
Mírame bien. . . . Tu labio así enmudece ?  
Y con mi amor qué tienes tú que hacer ?

Dime, ¿ no será dulce ser amado  
Cuando uno ama ? Y dí, mujer infame,  
¿ Habrá jamás quien como yo te ame ?  
¿ Habrá jamás quien sufra como yo ?  
Yo á ti te idolatré ; yo trabajaba  
Por hacerte feliz. . . . Y tú qué has hecho ?  
¡ Sembrar el crimen en mi noble pecho  
Que Dios piadoso á la virtud formó !

Eras todo mi bien sobre la tierra ;  
Yo era feliz, el mundo me quería,  
El Eterno en mi amor se complacía,  
En el amor que á ti te profesé.  
Yo era feliz ! ¿ También tú no lo fuiste ?  
¿ No bendecía el cielo tus caricias ?  
¿ Y tus hijitos, que eran mis delicias,  
Dí, no bastaron á afianzar tu fe ?

—Piedad, señor, piedad ! Recuerda al me-

[nos

Que la vida de un padre. . . . Yo le amaba . . .  
Esposa me quisiste, fuí tu esclava ;  
Tu sierva fuí, pero tu amante no !

Querías más ? ¿ Que el corazón te diera,  
Cuando otro ya mi corazón tenía ?  
Oh ! ¿ y un tirano pretender podía  
El solo bien que el cielo me legó ?

Por tiempo asaz en calabozo estrecho,  
Blanco de tu odio y tu feroz venganza,  
Mi anciano padre, mi última esperanza,  
Al fin salió, pero salió á llorar.  
Porque con sus angustias angustiada,  
Mi madre en lecho de dolor yacía . . .  
Tal vez el cielo en su piedad quería  
Verla en sus tiernos brazos espirar.

Así entre el lloro del anciano esposo  
Y el lloro amargo de su sola hija,  
Mi madre, su alma en el Eterno fija,  
Entre los brazos muere de los dos.  
Duraba aún la luctuosa escena,  
Cuando llegaste al chozo desolado  
Donde el arcángel de la muerte airado  
Ministro inexorable era de Dios.

Lleno de orgullo y de poder te muestras ;  
Burlas, señor, mi pena y mi amargura ;  
Me hablas, yo no respondo ; y aun tu impura  
Lengua tenaz me insulta en mi dolor.  
Aquel santo dolor que me agobiaba  
También te ofende : en orfandad gemía,  
Y porque á mi orfandad sólo atendía  
Te estremeces horrendo en tu furor.

Y á un anciano amenazas : á ese débil,  
 Á ese infeliz, desventurado anciano,  
 Que hace temblar la vista del tirano,  
 Que no puede á su furia resistir.  
 Y él, que á su esposa en su desgracia llora,  
 Me lleva amedrentado al aposento  
 En que mi madre el postrimer aliento  
 Á su Dios acababa de rendir.

Y allí, y ante la imagen prosternado  
 Cuya planta al morir besó mi madre,  
 Cógela, y dice : "Oh hija, salva al padre !  
 Y que de Éste el poder te salve á ti."  
 Y besó humildemente el Crucifijo,  
 Y contra el pecho lo estrechó el anciano,  
 Y con su mano trémula mi mano  
 Tomó, y helada y yerta la sentí.

Enjugué yo su llanto, y de rodillas  
 Ante él y ante la imagen que invocaba,  
 Yo por salvarle me juré tu esclava,  
 Y fui tu esclava, mas tu amante no !  
 Éste me amaba entonces, y yo le amaba,  
 Pero no le hablé más desde ese día,  
 No ; que si algo mi llanto le decía,  
 Mi labio siempre en su dolor calló.

Yo te juré de Dios ante las aras  
 Tu esclava ser, y firme lo he cumplido :  
 Testigo Dios de que tu esclava he sido ;  
 Testigo Dios de que tu esclava soy.

Piedad, señor, del infeliz que llora !  
 Él nada pudo hacer . . . que . . . te ofendiera.  
 Culpable fuera yo, sin culpa hubiera ;  
 Pura me encuentras, inocente estoy !

—Pura ! inocente ! La mujer que impía  
 Enfureció al esposo ! . . . Y está pura !  
 Maldecida mujer cuya hermosura  
 Inquietudes sembró en mi corazón !  
 Y cuánta iniquidad ! Mis hijos eran  
 Y tus hijos también ; y tú, señora,  
 Amaste á otro, y á otro amas ahora,  
 Y á mí no me otorgaste ni el perdón.

Sí, porque tú le preferiste á ellos :  
 Eran hijos tan sólo, y yo era esposo ;  
 Nuestra felicidad, nuestro reposo,  
 Con tal de amarle, poco te importó.  
 Y tuviste razón ; es tan gallardo !  
 Y ellos eran mis hijos, mi consuelo,  
 Y me los daba la piedad del cielo,  
 Y con razón su madre los odió !

Mas pregúntame ahora qué se han hecho :  
 Yo los llevé allá arriba á las montañas ;  
 Que eran fruto pensé de tus entrañas  
 Y los aborreció mi corazón.  
 En vano en sus caricias inocentes  
 Me quise complacer : todo era en vano ;  
 Que el pensamiento crudo é inhumano  
 Al verlos, inflamaba mi pasión.

Y tú tienes la culpa. Si no hubiera  
Yo de tu fe dudado, aquí estarían.  
Pero ay! que mientras ellos me reían  
Parecíanme fruto de otro amor.  
Y sucedió una tarde que, llevando  
En brazos al menor de mis hijitos,  
Los otros dos me echaron los bracitos  
Como sobrecogidos de temor.

Volviendo á ver noté que una serpiente  
Iba jugueteando por el prado,  
Y entonces el mayor todo asustado,  
"Ay!" gritaba: "defiéndeme, papá!"  
Y yo no le atendí, y él se echó encima  
De la serpiente, y la cogió en la mano;  
Hincóle el diente el animal tirano,  
Y él ya sólo gritó: "Mamá, mamá!"

Y tú, dura mujer, tú no escuchabas  
Los clamores que un hijo despedía;  
Y la que él invocaba yo sabía  
Que se gozaba en verme padecer.  
Sin poder dar alivio al inocente  
Le hice comer las hierbas que encontraba,  
Y él á la madre siempre preguntaba,  
¡Y amaba á otro la infernal mujer!

Mi pobre hijo murió. Yo enfurecido  
Ya no vi, no sentí, no me movía,  
Como una piedra en mi aflicción me hundía,  
Sin gemir, sin llorar, sin respirar.

Ay! al tornar en mí vilos á todos  
Muertos, fétidos ya, despedazados  
Sus miembros por el suelo dispersados,  
Y su sangre en las rocas relumbrar.

Me estremecí: la vista oscurecida  
Á cubrir fui con mano acelerada,  
Y al retirarla la noté manchada,  
Sucia de sangre ¡oh Dios! mi mano vi.  
Y mis ojos del miedo se cerraron,  
De ellos huyó la sanguinaria mano,  
Y de mis hijos el verdugo insano  
En mí mismo, mujer, reconocí!

Yo mismo los maté; yo fui, yo propio,  
De mi estirpe inocente el asesino,  
Y aun al dolor la altiva frente inclino,  
Aun venzo y sobrevivo á mi aflicción.  
Yo los así en un raptó de locura,  
Yo los despedacé contra las peñas . . .  
Y ya, mujer, no quedan ni las señas  
De nuestra siempre maldecida unión.

Yo los maté, yo! . . . ¡Carlos! Sinforoso!  
Pepe, hijo del alma idolatrado!  
Pepe mío, infelice cuanto amado,  
La vida te robó tu genitor!  
¡Pepe querido! Sinforoso! Carlos!  
Carlos mordido fué de la serpiente,  
Y á Sinforoso tierno é inocente  
Muerte le dió mi mano. . . . Horror! horror!

Y murieron los tres. . . . Yo no los hallo . . .  
Vivirán? Oh Dios mío! qué se han hecho?  
En dónde están los hijos de mi pecho?  
Tan amados . . . tan lindos. . . . Dónde están?  
Mujer! mi bien! señora! . . . No responde.  
Mira! responde! . . . Ya también se ha muerto.  
Alza! despierta! . . . Está el cadáver yerto.  
¡ Oh, si hasta mis palabras matarán!

—La mató tu venganza abominada.  
Míra, mírala allí; que allí está ella:  
La madre de tus hijos es aquélla  
Que exánime por ti delante ves.—  
Dije, y no pude más, porque tremendo  
Descarga sobre mí la dura mano;  
Pero salta brioso mi alazano,  
Y, el golpe al recibir, muere á mis pies.

Quiso Dios que yo entonces despertase  
Y que el velo fatal se rasgue ahora:  
¡ Ay infeliz del que á mujer adora  
Que á otro el Eterno en sus decretos dió!  
¡ Ay infeliz del que á piedad movido  
Llama de amor antiguo resucita!  
¡ Ay infeliz del pecho que palpita  
Por un bien que la suerte le robó!

